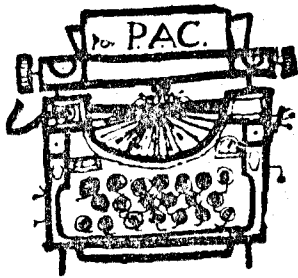


escrito a máquina

Los Estrelleros

(contestación a una carta)



Desde tu lecho de enfermo me has pedido que escriba un comentario sobre la "Jornada Vocacional" que ha organizado el Seminario. Yo sé que ofreces a Dios tu enfermedad —tus largos años de sufrimiento y parálisis— por los sacerdotes nicaragüenses y por la obra del Seminario, y que tu cama es un misterioso altar y que, ante esa "misa" tuya, con el áspero ornamento del dolor, nada es mi palabra. Tú eres sacerdote según el orden del sufrimiento y lo que vale realmente no es lo que yo diga sino lo que tú callas. En el revés de la trama, lo elocuente, lo que rinde fruto es tu sufrido silencio. Pero debo cooperar en mi pobre medida, debo ayudar tu misa silenciosa conforme tu deseo. Tú eres el Evangelio ("Bienaventurados los que sufren!"), yo la Epístola ("ay, de vosotros, escribas!") desde mi arriesgada vocación de escritor.

Me parece la mejor fecha para hablar y meditar sobre la VOCACION, esta semana vecina al 6 de Enero —fiesta de la Epifanía, que significa "manifestación"— cuando los Magos, siguiendo la señal de la estrella, encontraron, reconocieron y adoraron a Cristo.

Cuando el nacimiento de Jesús el Evangelio nos presenta dos vocaciones, dos llamados: uno, que lo escucha el pueblo "escogido (y dentro de ese pueblo escogido, la gente más pobre), al abrirse los cielos en la bellísima noche de Diciembre y al hablar los Angeles. El otro, que lo escuchan los gentiles, es el llamado de la estrella.

El anuncio y llamado del Angel —mensajero de Dios— es figura de la vocación sacerdotal. Es el llamado directo del Cielo a ese pueblo elegido para su servicio. Es el llamado a los pastores de su rebaño.

En cambio los otros —los laicos, los gentiles— no OIMOS la voz del Angel, pero VEMOS la estrella. Y la estrella nos lleva a Cristo. Las cosas naturales nos hablan de Dios. Y nos llevan o deben llevarnos a Dios. Es la otra vocación: voz que no suena en las alturas sino en el eco de de las cosas del mundo.

El llamado para sacerdote oye, pero puede rechazar por el temor. Dios pide para devolver, y el escogido puede temer a esa voz y a la renuncia (aparente renuncia) que exige. Por eso el Angel dice a los Pastores: "No temáis, porque vengo a anunciaros un gran gozo".

En cambio, al que vive en el mundo, su vocación le es dada por signos. Gagarín, cuando regresó del espacio, tras el esfuerzo heroico y el duro entrenamiento dijo, como comunista, que no había encontrado a Dios arriba. ¡Hermosa frase si se le sacude el polvo de la estupidez! Porque el cielo no es altura ni se llega a Dios por unos metros más o menos. Dios no es estrella, pero la estrella (o la rosa, o el dulce rostro de la mujer, o ésa u otra señal) señalan lo invisible al mago. Hay que saber leer, o aprender a leer, en los signos de Dios. (Tú aprendiste a leer en el alfabeto del dolor!)

Pero el misterio de la vocación toma un camino inesperado cuando vemos que la llegada de los Magos —los que adivinan a Cristo— provoca la reacción de Herodes (símbolo del poder) y esta reacción criminal de Herodes es causa a su vez de la "salida" de Jesús a Egipto, de su huida o exilio a tierra pagana, donde Cristo se mantiene oculto. Reconocer a Cristo es provocar el odio del poder del mundo. Oír a Cristo es casi siempre una orden de exilio. No es el éxito, no es la fortuna, no es el prestigio ni el poder su buena estrella. Cristo habla en el rostro de un pobre, en la necesidad de un fracasado, en la soledad mortal de Egipto. Cristo está en nosotros de "huida". Misteriosa alusión a la presencia eucarística, que es la presencia de Cristo entre los gentiles hasta "su regreso".

Cristo se profetiza a sí mismo en toda su vida infantil y oculta. El nacimiento de Belén —en el pesebre— por un decreto de César Augusto, corresponde a la muerte —en la cruz— por un decreto del romano Pilatos. La pérdida por tres días hasta su encuentro en el templo, es un traspaso de su muerte y de su resurrección al tercer día, Etcétera.

Pero esta estadía en Egipto nos pertenece enteramente a NOSOTROS, los egipcios, los gitanos del Reino de Dios (los que leemos la llamada o vocación en las líneas de la mano del mundo), los gentiles que llegamos a ocupar el puesto vacío dejado por el pueblo de Dios. Cristo llega a nosotros huyendo y mora entre nuestros ídolos, oculto.

Por eso se llama "Epifanía". "Manifestación". Porque los Magos encontraron lo contrario de lo que los Judíos esperaban. No el pequeño rey en raso y púrpura y oro. Sino un niño cualquiera, en la miseria de un pesebre. Y lo adoraron.